

SAN FRANCISCO DE BORJA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Día 10 de octubre

Por P. Juan Croisset, S.J.

San Francisco de Borja, gloria de su ilustrísima casa, admiración de los príncipes cristianos, modelo de los más perfectos religiosos, y uno de los mayores santos de su siglo, nació al mundo el día 28 de Octubre del año de 1510, en la ciudad que comunica su nombre al duque de Gandía. Fue hijo de D. Juan de Borja, tercer duque de Gandía, y de Doña Juana de Aragón, nieta del rey D. Fernando el Católico. Pusiéronle el nombre de Francisco en cumplimiento del voto que había hecho á San Francisco de Asís la duquesa, su madre, hallándose muy apurada al tiempo de darle á luz. Desde su misma niñez comenzó á verificar el vaticinio de su futura santidad que había hecho su virtuosa abuela Doña María Enriquez. Eran el duque y la duquesa señores de tanta religión como piedad, por lo que se dedicaron cuidadosamente á inspirarle las más virtuosas máximas de una y otra desde los primeros asomos de la razón, en los inocentes ensayos de la infancia.

A los diez años de su edad perdió á la duquesa, su madre, y se notó, no sin admiración, que su excesivo dolor de pérdida tan sensible no se redujo precisamente á desahogarse por muchos días en un torrente de lágrimas, sino á descargar sobre su tierno cuerpecito sangrientas disciplinas que ofrecía por sufragio para hacer más meritorias sus fervorosas oraciones.

Era tío materno de Francisco D. Juan de Aragón,

Arzobispo de Zaragoza; y enamorado de las grandes prendas que se iban asomando en su querido sobrino, quiso absolutamente que se criase dentro de su palacio. Dióle maestros muy hábiles que le perfeccionaron en las letras humanas; y, habiéndole deparado por este tiempo la divina Providencia un sabio, prudente y virtuoso confesor de la religión de San Jerónimo, se aprovechó de tan oportuna como diestra y experimentada escuela para hacer maravillosos progresos en la ciencia de la salvación. Vivían en la ciudad de Baza su bisabuela Doña María de Luna, sus tías y sus hermanas; y, habiendo pasado á visitarlas, cayó gravemente enfermo en aquella ciudad. Corrió gran peligro su vida; pero este peligro fue de orden inferior al que le expuso la resolución que se tomó de enviarle á la corte. Queriendo el duque su padre que se acostumbrase desde luego al género de vida á que parece le destinaba su mismo nacimiento, logró que entrase á servir con empleo correspondiente en el cuarto de la infanta Doña Catalina, hermana de Carlos V. El mismo fue Francisco en el bullicio de Palacio que en la quietud de su familia. Casóse la infanta con D. Juan III, rey de Portugal, y el niño Borja se restituyó á Zaragoza, al palacio de su tío, para acabar la filosofía, en la que sobresalió mucho la brillantez de su ingenio. Hallábase Francisco justamente en los diez y siete años de su edad, y la naturaleza había andado pródiga con él en todas las perfecciones que hacen á un joven cabal. Supo encontrar el arte de hermanar los deberes de cortesano con las obligaciones de cristiano verdadero; dificultosa, pero muy posible mezcla, que mereció ganar no sólo la estimación, sino el cariño del emperador y la emperatriz Doña Isabel. Prendada ésta de tan nobles partidas como concurrían en Francisco, quiso que se casase con Doña Leonor de Castro, dama de la misma emperatriz, á quien esta princesa amaba como hija, reputada por la primera hermosura de Palacio, y señora de una de las primeras casas de Portugal. Fue esta boda muy aplaudida del

Emperador, quien, para dar á Francisco alguna señal de su particular estimación, le hizo marqués de Lombay y caballero mayor de la Emperatriz. No vio el mundo matrimonio más igual, ni tampoco más feliz. Bendíjole Dios con posteridad tan numerosa y tan ilustre, que la mayor parte de la Grandeza de España se gloria de la descendencia ó de la alianza de sus casas con la de San Francisco de Borja. Cuanto más de cerca trataba el Emperador al nuevo marqués de Lombay, mayores fondos descubría en su virtud y en su mérito; tanto que, en breve tiempo, las benignidades de favorecido pasaron á ser confianzas de privado.

Siendo ya confidente y arbitro de todos los secretos del Emperador, le acompañó en la expedición de África, y también le siguió á la que intentó con menos felicidad sobre las costas de la Provenza, señalándose en todas ocasiones tanto por la prudencia en el consejo como por el valor en la campaña. Padebió por este tiempo dos graves enfermedades que comenzaron á disgustarle del mundo, según los intentos de la divina Providencia; pero lo que más contribuyó á confirmarle este disgusto fue la muerte de la Emperatriz, que sucedió en Toledo el año de 1539. Mandóle el Emperador que condujese el cadáver á Granada, y al descubrirle para hacer la entrega le halló tan horrorosamente desfigurado, que no se reconocía en él ni un solo rasgo de lo que había sido; espectáculo que le dejó fuera de sí, y, deshaciéndose en lágrimas, comenzó á exclamar: *No, señor, no, señor, no ya más servir á dueño alguno que se me pueda morir.* En estos tiernos y desengañados afectos le cogió la hora de asistir á las reales exequias, y la oración fúnebre que pronunció en ellas el célebre maestro Avila acabó en su corazón la obra que había comenzado el horroroso cadáver, y, acudiendo oportunamente los auxilios de la gracia, hizo voto de abrazar la vida religiosa si sobrevivía á la Marquesa.

Nombróle el Emperador virrey de Cataluña, y le hizo comendador de la Orden de Santiago; pero en todos los empleos fueron iguales los ejemplos, y los efectos de su fervorosa conversión. Luego que tomó posesión de su gobierno, mudó de semblante toda la provincia. Con motivo de la sólida devoción de nuestro Santo, se suscitaron varias disputas sobre la frecuente comunión; asunto en que se dividieron los pareceres de todas las Universidades de España. Quiso el virrey saber el dictamen de San Ignacio de Loyola, consultándole el punto que se controvertía, y quedó tan satisfecho de su respuesta, que determinó acudir en adelante á aquel oráculo en todas las dudas que diesen lugar á esperar su decisión.

Muerto el duque su padre, y entrando el virrey á ser duque cuarto de Gandía, renovó con su desengaño más vivas y más encendidas ansias del retiro. Costóle la licencia muchas representaciones, grandes instancias y repetidas súplicas. Rindióse en fin el Emperador, y Francisco se retiró á la capital de sus estados. Apenas puso los pies en Gandía cuando reedificó el hospital y dio principio á la fundación de un colegio de la Compañía, al mismo tiempo que estaba fundando un convento á los PP. Dominicos en su marquesado de Lombay. Entró á la parte en todas estas buenas obras del duque la virtuosa duquesa su mujer; pero, cuando Francisco se prometía más dilatados auxilios de su amable compañía, le dejó viudo á los treinta y seis años de su edad, y en prendas de su amor dos hijos y tres hijas, que todos se enlazaron con las primeras casas de España, á excepción de la última hija, la cual se consagró á Dios en el convento de Santa Clara de Gandía.

La muerte de la Duquesa dejó á Francisco con entera libertad para cumplir con su antiguo voto. Duróle poco la indecisión sobre la elección del instituto. Amaba

mucho el de la Compañía, por la circunstancia particular de cerrarse en él la puerta á las dignidades eclesiásticas; y habiendo hecho los ejercicios espirituales, siendo su director el P. Fabro, uno de los primeros profesos de la Compañía, reconoció tan visible la voluntad del Señor, que convirtió el voto general de religión en el particular de entrar en la Compañía de Jesús. Dio prontamente cuenta de todo á San Ignacio, que recibió esta noticia con el mayor consuelo, y, aprobando su resolución, le envió una instrucción de lo que debía hacer para poner en ejecución sus fervorosos deseos. Aconsejóle que estudiase teología, y que recibiese el grado de doctor en su Universidad de Gandía.

Concluidos felizmente todos los negocios que le habían obligado á representar en lo exterior el papel de duque y de grande de España, recibió el grado de doctor, después de haber adquirido la ciencia y la suficiencia para merecerle. Hizo después su testamento en virtud de la facultad que el Papa le concedió en un breve particular, y, habiendo sido él mismo testamentario y ejecutor, partió en derecha á Roma, cuyo viaje no interrumpió sus diarios y devotos ejercicios. Recibióle el Papa Julio III con desacostumbrados honores, y, hospedado en el Colegio de la Compañía, recibió y pagó las visitas de toda la corte romana. Entregóse enteramente á la dirección de San Ignacio, y escribió al Emperador dándole parte de sus intentos y pidiéndole su imperial consentimiento para renunciar solemnemente sus estados, títulos y empleos. Luego que se extendió por Roma esta noticia, así el Papa como todo el Sacro Colegio pensaron en honrar con la sagrada púrpura aquel grande ejemplo de virtud; lo que entendido por Francisco, todo sobresaltado, se salió de Roma repentinamente para volverse á España. Escondióse, por decirlo así, entré las peñas de la reducida provincia de

Guipúzcoa, y visitó por devoción la casa de Loyola, donde había nacido San Ignacio. Hallábase en Oñate cuando le llegó la respuesta del Emperador, que recibió con inexplicable gozo, y luego que leyó la carta, postrado en tierra, rindió humildes gracias al Señor porque ya, en fin, había llegado la dichosa hora de ver perfectamente cumplidas sus fervorosas ansias ; renunció con solemnidad todo cuanto poseía en favor de su hijo primogénito, cortóse el cabello, y se vistió la sotana de la Compañía. El primer día de Agosto de aquel mismo año se ordenó de sacerdote, y fue á celebrar su primera Misa en la capilla de la casa de Loyola para satisfacer su devoción particular, pero se vio obligado á celebrar la segunda en campo descubierto para satisfacer la del público. Fue tan inmenso el concurso de los que quisieron recibir de su mano la sagrada comunión, que no pudo acabar la Misa hasta las dos ó las tres de la tarde. Predicó después á toda aquella muchedumbre con tanta moción y con tanto fruto, que le obligaron muchas veces á interrumpir el sermón las lágrimas de los oyentes, seguidas de grandes y ruidosas conversiones.

Mientras tanto, solicitado el Papa por las instancias del Emperador, no menos que por su propia inclinación, pensaba hacer cardenal á nuestro Santo. Todo estaba ya resuelto y prevenido, cuando San Ignacio supo representar con tanta viveza á Su Santidad, así sus razones como las del P. Francisco, que desistió de su intento, diciendo que las oraciones y los ruegos de los santos siempre eran eficaces. Dióle orden su General [San Ignacio de Loyola] para que saliese del retiro de Guipúzcoa y pasase á la corte, donde el Emperador y todos los grandes de España ansiosamente deseaban verle; obedeció, aunque le costó mucho sacrificio, el que premió Dios con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, sus ejemplos, su modestia y sus conversiones particulares , en Burgos, en Valladolid, donde se hallaba

la corte á la sazón, en toda Castilla la Vieja, en Portugal y en toda la Andalucía. Experimentando San Ignacio las bendiciones que echaba el Cielo sobre todo aquello en que el P. Francisco ponía la mano, le hizo comisario general de España, de Portugal y de las Indias Orientales.

Murió Ignacio, y Francisco sintió su muerte; pero la sintió como santo. El miedo de que si volvía á Roma se avivase más en el Papa el pensamiento de hacerle cardenal, que nunca había depuesto del todo, le hizo encontrar mil razones para excusarse de asistir á la elección de nuevo General. El P. Láinez, que sucedió á San Ignacio, quería tener á Borja cerca de sí; pero, como aconteció por este tiempo el retiro del Emperador al monasterio de Yuste, se vio precisado á dejarle todavía en España. Deseaba Carlos V ver al Padre Francisco; y no ignorando éste las malignas impresiones de que habían imbuido en Alemania el ánimo de aquel príncipe contra su sagrada religión los enemigos de la Iglesia y de la Compañía, pasó al punto á visitarle. Recibióle el Emperador con las mayores demostraciones de amor y de estimación; tuvo con él diferentes conversaciones sobre las reglas, el espíritu y el fondo de su instituto; quedando tan desengañado, que no sólo formó un alto concepto del mérito de Francisco, sino también el más superior aprecio de la excelencia y de la santidad de su nueva religión.

Había nacido la Compañía de Jesús en el monte de los mártires; quería Dios que se criase en medio de las persecuciones, á imitación del divino Salvador, con cuyo nombre se honraba, y permitió que por entonces fuese perseguida furiosamente en España. Conjuró Borja dichosamente todas aquellas tempestades, y en breve tiempo se descubrió el cielo sereno. Murió el emperador Carlos V; pronunció Francisco su oración fúnebre en presencia de toda la corte, y todos convinieron en que

aquel gran emperador había sido dichoso mereciendo los elogios de un hombre tan santo y de un juez tan íntegro, justo apreciador del mérito verdadero.

Los PP. Láinez y Salmerón tenían que pasar al Concilio de Trento como teólogos del Papa, por lo que recibió Borja una orden de su General para que se transfiriese á Roma á ejercer el oficio de vicario suyo durante el tiempo de su ausencia. Desempeñó este empleo con tan universal aplauso, que, muerto el P. Láinez el año de 1565, fue electo General, sin que hiciesen fuerza sus razones ni sus ruegos. Aplaudió el mundo esta elección, que costó á Francisco muchas lágrimas, y necesitó largo tiempo para enjugarlas. Muy desde luego experimentó la Compañía las bendiciones que echó el Cielo sobre su feliz gobierno. Propagóse aquélla con asombrosa multitud de casas por uno y otro mundo, creciendo aún más que las mismas fundaciones el fervor en la virtud y la aplicación al estudio de las letras. El único privilegio que juzgó le concedía aquella suprema prefectura era no reconocer ya superior dentro de la religión que pudiese poner límites á los rigores de sus penitencias. Mortificaba su cuerpo con todos los modos que podía inventar una ingeniosa crueldad. Confesaba que sería para él intolerable la vida si se pasase un solo día sin solicitar que experimentase su carne algún extraordinario dolor. No contaba los ayunos en el número de las penitencias; las disciplinas eran de ochocientos golpes; repetíalas muchas veces al día, de manera que sus espaldas eran una sola llaga. Pero bien se puede decir que su principal virtud fue la humildad. Ningún hombre se despreció más á sí mismo, ninguno se deseó con mayores veras ser despreciado de los demás. Firmábase, por lo común, *Francisco Pecador*. Era su oración un éxtasis continuado, y sus dulcísimas lágrimas en el santo sacrificio de la Misa efecto del ardor de aquel corazón abrasado en el amor de su Dios. Bastaba

pronunciar en su presencia los santos nombres de Jesús y de María para observar sus ojos arrasados en tiernas lágrimas, y todo inflamado su semblante. Por su extraordinaria devoción á la santísima Virgen se puso en camino para Loreto en lo más fuerte de una violenta enfermedad ; luego que partió, comenzó ésta á ceder, y cuando llegó al término de su peregrinación se halló enteramente sano. Nombróle el Papa para que acompañase al cardenal Alejandrino, su Nepote en las Legacías de España, Francia y Portugal. En todas partes dejó un admirable olor de su santidad, en todas las cortes renovó el celo de la religión; y no contentándose con el oficio de medianero de la paz, ejercitó el ministerio de predicador apostólico.

Al volver á Roma cayó gravemente enfermo en Ferrara, á tiempo que estaba junto el cónclave de los cardenales, donde seriamente se pensó en hacerle papa; pero, con la noticia de su enfermedad y con la memoria del tesón con que por siete veces se resistió á admitir el capelo, se dejó aquel pensamiento. Prosiguió en su rigor la enfermedad, y tomó el camino de Roma por Loreto, donde satisfizo su ardiente devoción á la santísima Virgen. Llegó á Roma muy postrado, y no quiso admitir más visitas que las de sus hermanos. Envió uno de ellos al Papa pidiéndole su bendición y una indulgencia plenaria de sus pecados. Recibió los sacramentos con extraordinario fervor; pidió perdón á los Padres de los malos ejemplos que le parecía haberlos dado; recogióse en oración; elevóse su espíritu á Dios por un éxtasis maravilloso; volvió de él, y entregó tranquilamente el alma á su Criador el día 1.º de Octubre del año de 1572, al ir á cumplir los sesenta y dos de su edad.

Luego que expiró, todos los Padres de la casa profesa, testigos de la santidad de sus obras y de los milagros de su vida, se hincaron de rodillas para implorar

su intercesión. Hallábase presente D. Tomás de Borja, hermano del Santo, y deseoso con devota curiosidad de ver por sí mismo la piel vacía correspondiente al estómago, que le doblaba toda la cintura, efecto portentoso de sus ayunos y de sus penitencias, todas las veces que para este fin aplicó la mano debajo de la sotana la sintió inflamada, entorpecida y sin movimiento. Así depone esta maravilla el mismo señor en la relación de las virtudes y milagros de su santo hermano, que compuso siendo Arzobispo de Zaragoza; y compulsada en los procesos verbales de su beatificación y canonización, se halló en todo conforme con las deposiciones de todos los demás testigos.

El prodigioso concurso del pueblo que acudió á su entierro, fue como la voz de Dios que publicaba la gloria de su fiel siervo. No hubo cardenal ni prelado que no quisiese besarle los pies. Colocóse por entonces el precioso depósito de su cuerpo en la iglesia antigua de la casa profesa, donde fue venerado por la devoción particular de los fieles hasta el año de 1617. El día 23 de Febrero del mismo año le pasaron á la sacristía de la misma casa; algunos días después le transfirieron á la iglesia de Jesús, y de ésta el cardenal duque de Lerma, primer ministro de Estado de Felipe III y nieto de nuestro Santo, logró con su autoridad y valimiento trasladarle á la corte de Madrid, donde fue colocado en la suntuosa iglesia de la casa profesa de la Compañía, que el mismo cardenal había edificado á sus expensas, celebrándose esta traslación con grande solemnidad. Luego que el Santo fue beatificado por el papa Urbano VIII en 24 de Noviembre de 1624, le escogió la villa de Madrid por su protector, juntamente con San Isidro Labrador, su principal patrono; disposición admirable de la divina Providencia, para que los grandes del mundo tuviesen á la vista dos ejemplos que, por caminos diferentes, los enseñasen á usar cristianamente de la grandeza de la

Tierra: el de Isidro, despreciándola, teniendo delante de los ojos un pobre labrador elevado á tanta gloria; el de Borja, aprovechándose de ella, con un grande de España á la vista, venerado en los altares. Aceleró mucho su canonización el crecido número de milagros que obró Dios por intercesión de nuestro Santo; y terminada felizmente por el Papa Clemente X el año de 1671, fue solemnizada con grandes fiestas en los pueblos de España. Su fiesta se celebró al principio el día 3 de Octubre; pero la trasladó y la fijó al día 10 el Papa Inocencio XII.

Su sagrado cuerpo se veneró en la iglesia de San Antonio del Prado de esta corte, donde se le celebraba un solemne triduo de funciones á expensas y devoción de sus ilustres parientes los Excelentísimos Sres. Duques de Osuna y de Medinaceli. En la capilla de Palacio también se celebraba al mismo Santo. Es patrón de Valencia. Ahora se conserva el cuerpo en la iglesia de Jesús, y pronto será trasladado á la iglesia de los PP. Jesuítas, titulada del Sagrado Corazón y de San Francisco de Borja, en la calle de la Flor Baja.

SAN LUIS BELTRAN, O.P., CONFESOR

En la nobilísima ciudad de Valencia , á primeros de Enero de 1B25, nació San Luis Beltrán para honra de su patria, provecho universal de la Iglesia y lustre de la religión del glorioso patriarca Santo Domingo. Fueron sus padres Juan Luis Beltrán y Angela Exarch, personas de más piedad en sus costumbres que fortuna en los bienes de este mundo. Criaron al niño con todo aquel cuidado que les sugería el amor paternal, y mucho más con el esmero que les dictaba la piedad cristiana.

Apenas tenía ocho años, cuando, anticipada una

tierna devoción á la Reina de los Ángeles, la rezaba diariamente su Oficio. Desde aquella edad comenzó á afligir su cuerpo con varios géneros de mortificaciones , unas veces ayunando á pan y agua, y otras privándose del sueño para emplearse en la oración. Lo poco que dormía era sobre una arca ó en el duro suelo, y, para que la vanidad no hallase puerta por dónde entrar á su alma, cuidaba todas las mañanas de descomponer la ropa del lecho, previniendo con este santo artificio la reprehensión que pudieran darle sus padres. Con este tenor de vida llegó á los quince años, redoblando de cada vez los fervores de su devoción, tanto que juzgó su confesor que tenía el espíritu necesario para comulgar diariamente. Bien conocía el santo joven que este era un privilegio que podía llamar hacia sí las atenciones curiosas del mundo; pero él prevenía diestramente sus censuras, variando siempre las iglesias para que no fuese su fervor conocido. Por esta causa se persuadió á que la casa de sus padres no era el lugar más oportuno para emplearse en los ejercicios de virtud que tanto apetecía, y así pensó poner en ejecución el consejo evangélico que dice: *Que se olvide su pueblo y la casa de sus padres para seguir al Señor.* Mudóse, pues, el vestido, y, dejando una carta escrita á su padre en que le declaraba sus designios, salió de Valencia con ánimo de buscar algún desierto en donde consagrarse á Dios por toda su vida. Siete leguas habría andado, cuando lo encontraron los emisarios que envió su padre para buscarle. Halláronle éstos en traje tan devoto, y supo satisfacer á su padre con razones tan piadosas, que, lejos de enojarse contra el santo mancebo, le proporcionó vestidos clericales, y le permitió la continua asistencia á los hospitales públicos, en donde consolaba y servía á los enfermos. El Señor tenía elegido á Luis para uno de los más grandes obreros evangélicos que había de producir la esclarecida religión de Santo Domingo, y así, por exquisitas diligencias que hizo su padre para impedir que diese su nombre á esta sagrada

milicia, todas se vieron frustradas, A 26 de Agosto de 1544 tomó el hábito de Santo Domingo, y se propuso por ejemplar de su vida la de su Santo Patriarca y la de San Vicente Ferrer.

Este propósito se verificó tan exactamente en todas sus acciones, que aun siendo novicio solía decir su maestro, el santo Fr. Juan Mico, que Luis había de ser en Valencia otro San Vicente Ferrer; dicho que, atendiendo á su virtud y á la portentosa vida de Beltrán, pudo tener todas las cualidades de profecía. Los penosos ejercicios tan frecuentes en el noviciado, la continua asistencia al coro, las ocupaciones humildes y las rigurosas penitencias, eran el centro en que descansaba Luis. Llegó el tiempo de la profesión, y conociendo los padres que en aquel santo mancebo adquiría la religión un rico tesoro, se la dieron con gusto. Asegurado Luis de que ya tenía un establecimiento en que podía dedicarse á Dios sin reserva alguna, comenzó á entregarse á la virtud, y con especialidad á la mortificación; de manera que cayó en una grave enfermedad. Pero la convalecencia que fue Dios servido concederle la empleó de nuevo en más rigurosos ejercicios. La humildad, la obediencia, la castidad y la pobreza eran sus virtudes favoritas; pero teníalas cimentadas sobre la basa de la caridad, sin la cual sabía que no hay virtud que sea á Dios agradable. **Principalmente dedicó su atención á las obras del grande doctor Santo Tomás de Aquino**, bien satisfecho de que en ellas encontraría un compendio luminoso de la más pura y sana doctrina que enseñaron todos los Padres de la Iglesia. En efecto, con semejante estudio salió Fr. Luis un teólogo dogmático capaz de enseñar al pueblo los más difíciles misterios de la religión; un teólogo expositivo que penetraba la médula de las Escrituras Sagradas y alimentaba con ella á los fieles, y un teólogo moral que conocía perfectamente la rectitud ó deformidad de las acciones para persuadirlas ó

reprenderlas.

Entre tanto se llegó el tiempo en que debía ascender á la sublime dignidad del sacerdocio. La delicadeza de su conciencia le hacía mirar este ministerio tan augusto con temor y temblor; pero la obediencia por una parte, y el amor á sus prójimos por otra, dos ejes sobre que se movía su alma, le hicieron despreciar los temores. Ordenóse de sacerdote, é inmediatamente concibió que, á proporción de la grandeza de la dignidad que había recibido, debían ser también los nuevos progresos que de allí adelante hiciese en la virtud. Contento vivía Fr. Luis bajo del yugo de la obediencia; pero Dios, que le tenía preparado para que como antorcha despidiese de sí el resplandor de las virtudes, dispuso ponerle en el candelero de la prelacia. Antes de esto fue elegido por maestro de novicios, oficio delicado que exige gran virtud y gran prudencia para no malograr en su principio las grandes almas que lleva Dios á las religiones. Seis veces fue reelegido San Luis en este empleo, prueba muy evidente de las grandes ventajas que advertían los superiores en la educación que daba á los novicios. En este ejercicio tuvo el pensamiento de dedicarse á la carrera de lector. Obtuvo patente del General para pasar al convento de San Esteban de Salamanca; pero, habiéndole asegurado el maestro Mico y otro Padre muy espiritual que Dios no le llamaba por aquel camino, se volvió á Valencia, haciendo á Dios en esto mismo un agradable sacrificio, no solamente de sus comodidades, sino también de su sabiduría y de sus luces.

No quedaron escondidas éstas bajo el medio celemín; antes bien, el ensayo que de ellas había hecho en el magisterio de novicios dio una prueba incontestable de que eran proporcionadas para mayores empresas. Por tanto, fue nombrado por superior del convento de Albayda, en cuya prelacia brillaron con nuevo resplandor

cuantas virtudes hasta entonces había adquirido. Como su corazón estaba abrasado en el amor de sus prójimos, apetecía vivamente la salvación de éstos, y la procuraba por todos los medios posibles. Uno de ellos era la predicación que ejercía él, y hacía ejercitar á sus religiosos, con conocido provecho de cuantos les oían. Su estudio para predicar más que en los libros, le hacía en Jesucristo crucificado, cuya pasión sangrienta consideraba con toda la vehemencia de su alma. A este propósito solía decir que no puede ser verdadero predicador, ni verdadero religioso, el que no tiene en su celda un crucifijo. Favorecía estas operaciones el don de penetrar los secretos interiores con que Dios le había favorecido. Entre los muchos casos que lo acreditan se refiere que, viniendo un día el Santo de predicar, se encontró á un pastor en el camino; trabó conversación con él, y á pocas razones le descubrió todos los secretos de su vida distraída, y cuántos años había que no se confesaba. Exhortóle al arrepentimiento, certificándole que dentro de poco le llamaría Dios á juicio. Sorprendióse el pastor, y confuso y avergonzado de ver tan claramente descubiertos sus delitos, dio palabra al Santo de confesarse; y, habiéndolo hecho con grande compunción y lágrimas, le llevó Dios para sí de allí á muy pocos días. Acabado su priorato, volvió á Valencia á ejercer el cargo de maestro de novicios, para el cual le había dotada Dios de luces muy superiores. Pero este empleo no le impedía ejercitarse en la predicación y en la administración del Sacramento de la Penitencia.

Tanto fuego de caridad no hallaba en España materia suficiente en que emplearse. Deseaba Fr. Luis tener ocasiones de padecer grandes trabajos por amor de Aquel que tantos había padecido por la Redención del mundo. Había deseado desde niño dar su vida por Él, y nunca desistía del pensamiento de exponerla á las mayores fatigas por la salvación de sus prójimos. Agitado

de estos pensamientos oyó hablar de la necesidad que había en las Indias de ministros evangélicos, y de la innumerable gente que por esta falta vivía sin el conocimiento de Dios, tributando adoraciones al demonio, y perdiéndose para siempre jamás. La caridad movió su corazón con los afectos de compasión y de ternura hacia aquellas gentes desventuradas, y se resolvió á darlas por su parte todo el auxilio que le fuese posible. Solicitó de su General licencia para pasar allá, y, por el alto concepto que su virtud merecía, la obtuvo sin dificultad alguna. Sus amigos y parientes le representaron una multitud de dificultades, capaces de desanimar al espíritu más alentado. Los religiosos le proponían lo largo y penoso del camino, la aspereza de las tierras en donde había de predicar, la variedad de las lenguas, la barbarie de las gentes, y el implacable odio que profesaban á los ministros de la religión cristiana. La nueva que le habían dado de que los bárbaros idólatras quitaban la vida en odio de la religión cristiana vivificó en él la dulce esperanza de poder conseguir el martirio; y, últimamente, el negarle todo auxilio humano para la comodidad de su viaje lo reputó por un medio favorable de observar la santa pobreza que había profesado. Así, resuelto y alegre hizo una tierna plática á sus novicios, pidió perdón á los religiosos del mal ejemplo que les había dado, y, despidiéndose de ellos, se puso en camino á pie y con unas alforjillas al hombro, en donde llevaba algunos libros. Como su salud era bastante enferma, admitió lo necesario para comprar un jumentillo, en que llegó á Sevilla. Embarcóse en esta ciudad, y, aunque en el viaje se ofrecieron algunas tormentas, las calmó Dios por sus oraciones, y llegó felizmente á Cartagena de Indias.

Inmediatamente solicitó de los superiores que le señalasen pueblos, en donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Luego que logró este destino,

comenzó á predicar y á catequizar con tal actividad, que fueron muchos los millares de indios que por su persuasión se convirtieron á la fe, solicitando con ansia el sacramento del Bautismo. Caminaba por montañas y derrumbaderos, atravesaba ríos y lugares pantanosos, sufriendo con gusto hambre, sed, cansancio y todas las inclemencias de las estaciones por ganar almas á Jesucristo. **En dos diferentes veces le dieron los sacerdotes de los ídolos á beber veneno, intentando de este modo quitar la vida al enemigo de sus supersticiones; pero Dios, que conocía cuán necesaria le era aquella vida preciosa á su religión sacrosanta, se la conservó milagrosamente.** Su predicación era recomendada por Dios con multitud de milagros, los cuales, aunque bastaron para confundir la protervia de la infidelidad, no fueron suficientes para ablandar **la dureza de algunos cristianos que trataban cruelmente á aquellas gentes miserables.** A este propósito predicaba el Santo de continuo, exhortando á los señores y ministros á que tratasen á los indios como hermanos suyos y personas redimidas con la sangre de Jesucristo; á que templasen el rigor y ferocidad con que los castigaban; y, últimamente, á que pusiesen algún término á su codicia. Estas persuasiones las confirmó en cierta ocasión con un portentoso milagro, que merece referirse. Comía el Santo en compañía de varios poderosos que oprimían á los indios con injustas contribuciones y tributos insoportables. Al tiempo que estaba con ellos á la mesa, les afeó en tono amenazador y terrible su conducta; y **queriendo confirmar su predicación con un portento que los aterrara, tomó en sus manos el pan que estaba sobre la mesa, y, exprimiéndolo, brotó sangre, y al mismo tiempo les dijo: *Esta sangre es el sudor de los pobres: ved y considerad bien de qué formáis vuestro alimento.*** Pero los cristianos, menos sensibles á los prodigios que los gentiles mismos, no pusieron por esto freno ni á su crueldad ni á su codicia, lo cual fue causa de que el

Santo, horrorizado de tanto mal, tratase de volverse á España. Luego que los indios lo llegaron á saber, hicieron gran sentimiento, porque le amaban sobremanera, no menos por sus virtudes que por los grandes dones con que Dios le había enriquecido.

Siete años estuvo el Santo en las Indias, y en ellos son innumerables los gentiles que convirtió, y las almas que sacó de sus caminos errados. En su vuelta á España sosegó una tempestad, en que todos se creían perdidos, sólo con hacer la señal de la cruz sobre las encrespadas olas. Luego que llegó al puerto se encaminó para Valencia, y aunque sus frailes le recibieron con toda la veneración debida á su santidad, el humilde Fr. Luis quiso volver al noviciado; pareciéndole que cuanto había hecho hasta entonces era nada, y que debía principiar de nuevo su carrera. Los religiosos permitieron este desahogo á su fervor; pero conociendo sus grandes merecimientos, le hicieron prior del convento de San Onofre, después maestro de novicios del de Valencia, y últimamente prior del mismo convento. En todos estos empleos se portaba con sus súbditos con el amor de un verdadero padre y con la integridad de un hombre justo. Así como los virtuosos encontraban en él un padre amoroso y benéfico, de la misma manera los tibios y relajados hallaban un juez severo é inexorable; pero en los castigos que prescribía la ley hacía conocer á los culpados que los amaba como á hijos, y que su severidad no tenía otro objeto que sus culpas. Los delicados cargos de la prelacia le traían continuamente inquieto, temiendo que entre tantas obligaciones no podría conservar la pureza de su conciencia. Era tal su temor, que algunas veces solía decir á sus religiosos que pidiesen á Dios no le cogiese la muerte mientras fuese prior, sino después que se viese libre del cargo de almas.

Este deseo tan justo, y que manifiesta cuánto temía

desagradar al Señor, se lo concedió Su Majestad, exonerándole de cargos tan terribles antes de llamarle á Sí. Luego que se vio el Santo libre de tantos cuidados, y presintiendo que estaba cercana su muerte, comenzó á disponerse para ella con mayor fervor que el que había observado toda su vida. Regalóle el Señor con frecuentes visiones, en que se le aparecieron unas veces San Francisco y Santo Domingo, y otras Jesucristo y su santísima Madre. De aquí le nació aquella conformidad en las penosas enfermedades y terribles dolores que le afligieron en el último trance de su vida; de aquí le nació el consuelo de saber que estaba en gracia de Dios, y que Su Majestad había determinado llevarle para Sí el 9 de Octubre, día de San Dionisio Areopagita, como el Santo se lo aseguró á D. Juan de Ribera, patriarca de Valencia, un año antes de su dichoso tránsito. Y de aquí finalmente, le provino aquella fortaleza con que repetía estas palabras de San Agustín: *Abrasad, Señor, aquí; cortad aquí; no perdonéis aquí, para que me perdonéis para siempre.* Estaba el Santo en una pobre cama, cubierto por todas partes de intensísimos dolores; pero su rostro, alegre como el de un ángel, manifestaba la tranquilidad y gozo de su corazón. Advirtiéndole el Arzobispo las muchas penas que le afligían, le preguntó si estaba contento en medio de tantos males como Dios había sido servido enviarle. A esta pregunta satisfizo San Luis diciendo: *Os digo, Señor, con toda verdad que no trocaría estos dolores que padezco por todos los bienes y delicias del mundo: estoy confuso de ver cómo, siendo tan gran pecador, me hace Dios tan grandes favores.* Sin embargo de esto, su espíritu agigantado no se contentaba con las penalidades de su enfermedad, sino que quería ejercitar otras austeras penitencias. Yendo un religioso a componerle la ropa, advirtió que se había metido un ladrillo entre la túnica y la carne, para impedir de esta manera que su cuerpo pudiese tener algún reposo. Afeóselo el religioso con cariño, representándole que,

estando tan enfermo y débil, podría quitarle la vida; á lo cual respondió el Santo: *Oh hermano, acércase ya la jornada, y se necesita mucho para ir al Cielo!* Con el mismo espíritu de penitencia solicitó, pocos días antes de morir, que le quitasen la camisa y le pusiesen la túnica de lana, según el estilo de su Orden. En la víspera de su muerte creyeron los religiosos que iba ya á expirar: comenzaron á decirle la recomendación del alma; pero el Santo, abriendo los ojos, les dijo: *Vayanse ahora, que tiempo tendrán de hacerlo.* Verificóse así; porque al día siguiente llamó al Arzobispo, y le dijo: *Señor, ya me muero: despídase de mi, dígame un Evangelio y écheme su bendición.* Condescendió el venerable Arzobispo; dijéronle los religiosos la recomendación del alma, y al tiempo de concluirla exhaló su purísimo espíritu, yéndose á gozar en la eternidad bienaventurada el premio de tantas virtudes. Sucedió su dichoso tránsito el referido día 9 de Octubre del año de 1581, según el mismo Santo lo había profetizado muchas veces.

Luego que murió, se vieron celestiales resplandores en su celda, sobre el convento, y en otros diferentes lugares. Varias personas devotas testificaron haber oído músicas de ángeles, tanto en la iglesia alrededor de su cuerpo, como en el entierro de los religiosos en donde fue sepultado. Toda la ciudad de Valencia se conmovió y vinieron á venerar el sagrado cadáver, en el cual advertían un extraño resplandor y suavísima fragancia, cual convenía á la virginal pureza que había conservado toda su vida, á pesar de las exquisitas diligencias con que intentaron empañarla mujeres lascivas. Dios confirmó la santidad de su siervo con repetidos milagros; los cuales, habiendo sido aprobados con la autenticidad acostumbrada, y examinadas sus virtudes en grado heroico, fue beatificado por Paulo V, y canonizado por Clemente X en el año de 1691.

La Misa es en honor de San Francisco [de Borja], y la oración la que signe:

Señor mío Jesucristo, ejemplar y premio de la verdadera humildad: suplicámoste que, así como hiciste al bienaventurado Francisco glorioso imitador tuyo en el desprecio de los honores de la Tierra, así también nos concedas que sigamos tus pasos en tu imitación y le acompañemos en tu gloria. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos...

La Epístola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría.

REFLEXIONES

Fue amado de Dios y de los hombres. Esta es la suerte y como la herencia de la verdadera virtud. Ama Dios á los buenos, y por estragado, por corrompido que esté el corazón humano, también los hombres los estiman. Este es un tributo que se paga á la virtud, aunque reviente el amor propio, y á pesar de todas las pasiones que conspiran contra ella. Mientras se conserve una sola centella de razón , quiera ó no quiera, ha de rendir esta especie de vasallaje á la verdadera devoción; y si se ven tantos que se desenfrenan contra los hombres virtuosos, es precisamente porque no se quieren persuadir á que verdaderamente lo son. Quisieran ellos ver desterrada del mundo á la verdadera virtud, ó, por lo menos, que se considerase imposible su práctica, para libertarse de aquellos remordimientos, dé aquel vergonzoso rubor que les causa la que notan ó no pueden menos de admirar en muchos otros con quienes viven. Esfuérezase su mismo amor propio á persuadirlos, con artificio siempre maligno, que no es virtud verdadera la que observa en los demás, y de aquí nace aquel desbocarse, aquel desencadenarse contra todos los devotos. Tanta verdad es que la incredulidad en materia

de virtud, por lo regular, no tiene otro principio que el despique y la disolución [y sugerencias de los demonios]. Quien formare concepto cabal, justo y claro de la verdadera virtud, se ha de sentir forzado, por decirlo así, á respetarla, á amarla y a hacerla la justicia que se merece. Acerquémonos á reconocer su verdadero retrato. Un hombre sólidamente virtuoso, un hombre que ama perfectamente á Jesucristo, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambición. En fin, es un hombre á quien siempre se le encuentra igual, como quien tiene todo lo que quiere, porque no quiere más que lo que tiene. Siempre contento, siempre tranquilo y siempre del mismo humor, sin que los sucesos prósperos le engrían, ni los adversos le abatan, sabiendo muy bien que unos y otros vienen de la misma mano; y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre lo que Dios quiere, y quiere siempre lo que Dios hace. Este fue el Santo cuya fiesta se celebra hoy.

MEDITACIÓN

De la verdadera mortificación.

PRIMERO.—Considera que la mortificación es tan necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo, como que es la primera lección que da el mismo Cristo á los que quieren ser sus discípulos, y sin ella no hay que pensar en serlo. *Si alguno quisiere venir en pos de Mi, dice el mismo Salvador, niegúese á si mismo, tome su cruz y sígame.* Las señales más seguras de sólida virtud que dan los Santos es la perfecta mortificación. Nacemos todos con tanta propensión al mal; mortifícanse, y aun se multiplican nuestras pasiones con los años; engañannos los sentidos, y siempre de inteligencia con aquellos enemigos domésticos, sin cesar nos están armando lazos que el amor propio solicita ocultar para que no los descubramos. Vémonos precisados á desconfiar de

nuestro mismo corazón; todo parece que conspira en nuestra pérdida, todo nos hace traición. Solamente la mortificación del alma y cuerpo, de potencias y sentidos, puede enflaquecer las fuerzas de tanto enemigo poderoso. En estando bien domada la carne, fácilmente se reprime su alboroto, especialmente cuando el entendimiento y el corazón no están de acuerdo con los movimientos sediciosos. Tienen poca fuerza los auxilios de la vigilancia y de la oración de un hombre inmortificado.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hasta los mismos santos, aun con todo el ejercicio de la más austera mortificación, aun en medio del mayor recogimiento, aun armados con todos los instrumentos de la más rígida penitencia, todavía tienen mucho que velar, mucho que orar, mucho que combatir para no ser vencidos; pues ¿cómo se ha de conservar por mucho tiempo inocente un hombre inmortificado, un hombre sensual, un hombre esclavo de sus pasiones y dominado de sus sentidos? ¿Cómo ha de salir victorioso? Concíbese la mortificación como una virtud que sólo habla con los perfectos, ó, á lo más, como una virtud de puro consejo, que á ninguno obliga. Esta es una ley general de la religión, que obliga á los grandes del mundo y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los legos y á los eclesiásticos, á las mujeres que se quedaron en el siglo, y á las que se retiraron á los claustros. Dícese que no todos pueden ayunar: algún día examinará Dios esta proposición; y icuánto es de temer que se halle falsa! No todos pueden traer cilicio ni macerar su carne con disciplinas; pero, á lo menos, todos pueden y todos deben hacerse violencia para entrar en el Reino de los Cielos; todos pueden privarse de muchos gustos, aunque sean lícitos; todos pueden y todos deben sufrir con paciencia las injurias; todos pueden y todos deben perdonar á sus enemigos. Ninguno hay que no pueda hacer al cabo del día cien pequeños sacrificios:

las comodidades, las conveniencias poco necesarias, la delicadeza, el juego, las diversiones, el regalo, todo esto ofrece abundante materia para ellos. Pues ¿quién dirá ahora que no se puede mortificar?

Puédolo muy bien, Señor, ayudado con vuestra divina gracia. Esta os pido, con tanto mayor fervor cuanto es grande el deseo que tengo de mortificarme los días que me restaren de vida.

JACULATORIAS

Yo mismo me acuso y hago penitencia.—*Job.*, 42.

Sí, Dios mío: desde aquí adelante, toda mi gloria la pondré en mortificarme.—*Galat.*, 6.

PROPÓSITOS

1. La mortificación es inseparable de la vida cristiana; busca un solo Santo que no sobresaliese en esta virtud. Ha llegado el día de hoy la delicadeza á tal punto, que todos los que tienen algún rastro de religión se deben estremecer. Parece que basta ser persona de distinción, de conveniencias, ó ser sujeto visible, para considerarse desobligado de ayunar y comer de vigilia; esta obligación se deja para los religiosos ó para la gente del pueblo. No sigas un error que tendrá en el Infierno á muchos; abuso que debe sobresaltar á todo ánimo cristiano. Es cierto que aprueba Dios algunos motivos de dispensa; es cierto que son legítimos algunos; pero no te figures tú los que no lo son.

2. Acostúmbrate á la mortificación interior de tus pasiones, de tus inclinaciones, de tu genio y de tus costumbres; en esto ninguno se puede dispensar; mas no por eso te olvides de la mortificación exterior. Son

siempre muy convenientes las penitencias del cuerpo; consulta con un prudente confesor las que son más proporcionadas para ti, y no te descuides en practicarlas, advirtiéndote que son remedios y son preservativos.